

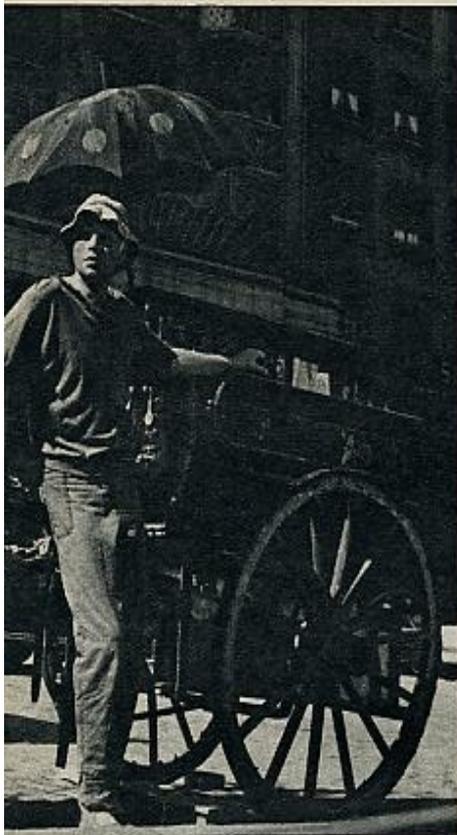


Hardy Kruger, de organillero madrileño, en

BERLAN DESPUES DE

DESPUES de rodar «Plácido», la posición de Berlanga dentro del cine español se ha modificado en cuanto que ahora parece que va a trabajar ininterrumpidamente. Se descartan los baches, como el que sufrió a continuación del rodaje de «Los jueves, milagro». Recientemente, Berlanga ha rodado uno de los «sketchs» de una importante coproducción europea, junto a René Clair, Alessandro Blasetti y Hervé Bromberger. La película se titula «Las cuatro verdades», y está basada en las fábulas de La Fontaine. A Berlanga le correspondió rodar la titulada «El leñador y la muerte». Ahora se dispone a emprender el rodaje de «El verdugo», sobre guión de Azcona y suyo.

«Es la primera vez, si exceptuamos «Calabuch», que trabajo en una película en la que no he intervenido desde el principio. Para «Las cuatro verdades» me impulsieron dos cosas: la fábula de «El leñador y la muerte», y el protagonista, Hardy Kruger. Yo a éste le conocía por algunas películas. Escribí una historia que era una adaptación muy libre del tema de la fábula encomendada: un «play-boy» que viene a España y se encuentra asediado por las mujeres. En realidad, así no se puede vivir, y menos un «play-boy». Desesperado y agotado, decide suicidarse; se nos ocurrió



la última película de Luis García Berlanga.



A Berlanga le impusieron estas dos condiciones: «El leñador y la muerte» y el protagonista Hardy Kruger.

GA EN PLENA ACTIVIDAD

"LAS CUATRO VERDADES" DIRIGIRA "EL VERDUGO"

—a Azcona, que también trabajaba en el guión, y a mí— una forma de suicidio bastante moderna: en un frigidaire; pero no llegaba a morir, para respetar el sentido de la fábula de La Fontaine. Esta es la historia que escribimos pensando en las características físicas de Hardy Kruger. Por entonces, nos dijeron que el actor tenía unos compromisos anteriores y que seguramente no podría intervenir en la película. Escribimos otra historia, esta vez más lineal, más clásica, más fiel, si se quiere, a la fábula: las andanzas de un organillero madrileño perseguido y agobiado por sistemas, instituciones, etc. Yo pensaba que un papel de este tipo lo podía hacer un Peppino de Filippo o un José Luis López Vázquez. Luego resultó que Kruger pudo trabajar e hizo él de organillero. Así, pues, empecé a rodar con la sensación de que físicamente no daba el tipo...

Hacer esta película ha sido una experiencia curiosa. Tenía que sujetarme a una duración máxima de veinticinco minutos. A mí, este tiempo me queda corto. Yo prefiero, desde luego, el largometraje: puedes desarrollar mucho más las situaciones, puedes entretenerte en los detalles... En veinticinco minutos, todo ha de estar apretado y condensado. Aunque puede ser un buen sistema este de los

mediométrajes. Para el director de cine es como para el novelista que escribe un cuento...

El siete de enero empiezo a rodar de nuevo. La película se titula «El verdugo». Es una vieja idea mía. El guión lo he escrito con Rafael Azcona. Se trata de una historia, superficialmente de humor, pero en realidad muy dura y amarga; un poco en la línea de «Plácido». Tengo que ir ahora a Roma y a París para buscar actores.

Entre otros proyectos, el más inmediato o concreto es rodar «Los europeos», la novela de Rafael Azcona. Me han hecho también una proposición para hacer en Italia una película que ellos han bautizado con el título de «El maniaco sexual». Es el estudio de un maniaco de estas características, pero afrontado no desde un punto de vista sicopático, médico, como se ha venido haciendo hasta ahora, sino tratado como un estudio de costumbres. Es una película muy complicada; tienes que estar haciendo continuamente equilibrios para no caer en lo que pudiese parecer pornografía; pero ésta no será una película erótica ni pornográfica, por supuesto: simplemente, una comedia de costumbres, una sátira.

En cuanto a los nuevos criterios de los que tanto cabe esperar, aunque todavía sea prematuro hacer consideraciones al respecto, debo

decir que mi postura no ha cambiado. Yo siempre he sido de esos ingenuos que han creído que lo que escribían era angelical, hasta que las autoridades y amigos me han convencido de lo contrario. Yo pienso que, con cualquier censura y con cualquier régimen, encontraría dificultades para la creación.

Confío, sin embargo, y esto ya no me concierne a mí personalmente, en que los nuevos criterios favorezcan el desarrollo o, mejor dicho, el nacimiento de un tipo de cine que, hasta ahora, por diversas circunstancias, no se ha hecho. Es un dato significativo el que varios jóvenes realizadores empiecen a hacer sus primeras películas. Creo que ésta es la forma de continuar esa «tradición de la calidad» que vosotros, los críticos jóvenes, nos atribuíis a nosotros, a Bardem y a mí.

Con una película recién terminada, de carácter internacional, y otra en puertas, la que comenzará a rodar en enero, Berlanga destruye así el mito que se ha creado en torno a él y que él mismo gusta fomentar: el de su pereza.

Uno de nuestros mejores directores, Luis G. Berlanga, está de nuevo en plena actividad.

POR LA TRANSCRIPCIÓN:
JESUS GARCIA DE DUEÑAS